

LUIS BLANCO

Una niña diferente, protagonista del libro «Un caso especial»

«Un caso especial» es un breve relato, casi a modo de un diario, escrito por Mary MacCracken, educadora en un colegio de niños con graves trastornos emocionales. La modesta aparición del texto en una edición de bolsillo pudiera hacer que el libro pasara desapercibido.

La singularidad del caso que se nos cuenta —y que nos remite a otro caso anterior mejor publicitado por los medios de comunicación, el de la institutriz Anna Sullivan en Alabama— no deja, sin embargo, de ofrecer un interés más general: el de un itinerario educativo basado mucho más en actitudes personales de la educadora que en principios teóricos de laboratorio. Cualquier educador tiene algo que aprender de este libro, aunque se trate de «Un caso especial» (1)

La reacción de Mary MacCracken cuando la directora del colegio decidió, sin previo aviso, enviar a su clase a Hannah Rosnic, una niña afectada por una profunda patología subyacente, es de las que podría calificarse, en lenguaje convencional, como ejemplar. Cuando tras la experiencia de un curso de difícil escalada con sus problemáticos alumnos, la profesora planeaba las nuevas metas para el próximo curso, la decisión de la directora (una mujer a quien Mary describe como «animosa, dinámica y con fuertes y fibrosos tendones en el cuello») puso a prueba algo más que su fidelidad al principio de autoridad. La llegada de Hannah Rosnic iba a suponer un probable retroceso en el proyecto educati-

vo con el resto de la clase y no eran imprevisibles, dado lo que se sabía sobre el «caso», otra serie de conflictos disciplinares que acabarían complicando la convivencia entre los alumnos.

Curiosamente, las explicaciones que a Mary le proporcionó la directora para encajar a Hannah Rosnic en su clase no eran precisamente un modelo de motivación:

«—He estado pensando en ello y creo que tus chicos le harán mucho bien, le proporcionarán el equilibrio adecuado.

Hizo una pausa y sonrió: —Hannah les avivará poco a poco, le dará un poco más de excitación a la clase.

¿Excitación? ¿Qué necesidad tenemos de excitación? Hemos logrado correr un largo camino pero es posible que con Hannah allí dentro perdamos todo lo que hemos ganado hasta ahora» (p. 9)

A la falta de una verdadera motivación se unía además una información superficial pero temible acerca de la personalidad y las anomalías comportamentales de Hannah:

«Todo lo que yo sabía sobre Hannah Rosnic era que había llegado a la escuela mediado el curso anterior y que había estado en la clase de Shirley, al final del pasillo. La había visto en el patio, gorda, hosca y sucia y había oído sus gritos y aullidos procedentes de la clase que ocupaba. Pero eso era todo, con excepción de unos pocos vagos recuerdos de discusiones en las reuniones del personal docente. ¡Y ahora iba a ser una de mis alumnas!» (p. 9)

Esta referencia tan superficial como poco halagüeña, no iba a encontrar a las inmediatas, en los primeros contactos con la niña, ningún tipo de correctivo sino todo lo contrario. La profesora tendría ocasión de constatar que el problema se presentaba tan mayúsculo como se lo había imaginado. Hannah comenzó por plantear un problema de traslado de clase:

«Al mirar por la ventana vi a Hannah que se había parapetado en la estructura



de barrotes de madera que había en uno de los rincones de la clase para que los niños jugaran. Estaba agarrada a las barras, gritando y sollozando alternativamente y con la cara contraída de dolor y de rabia, o tal vez de miedo. Los otros niños se mantenían a cierta distancia porque si se acercaban a ella sacaba un brazo entre los barrotes y trataba de pegarles» (p. 15).

Pero la acumulación de problemas no había hecho más que empezar. Al complicado traslado de clase (ver relato completo en pags. 16-17, op. cit.) sucedió de inmediato el problema de la ubicación de la niña en su nuevo ámbito escolar. Efectivamente, como un ratoncillo asustado, Hannah optó por encerrarse en el ropero de la clase. La segunda tarea de la profesora consistiría, por tanto, en utilizar una estrategia que le permitiera integrar a Hannah con el resto del grupo. Simultáneamente, había tenido ocasión de comprobar el pavoroso nudo de conflictos que atenazaba a la niña y que parecía condenar al fracaso cualquier intento de recuperación: dificultades de lenguaje, continuo estado de temor y de agresión, incapacidad para la realización de las tareas grupales, sorprendente energía para desbaratar el orden tan lentamente conseguido por el grupo, regresiones repentinas desde lo aparentemente conseguido, por muy poco que ello fuera, a la situación conflictiva anterior, etc.

La lectura de «Un caso especial», con la minuciosa descripción de cada etapa del proceso, constituye por sí misma un ejercicio de reflexión que no podemos saltarnos con la mera lectura de este artículo. Hay que leer el libro.

Lo que intentamos aquí, dados los límites de espacio de que disponemos, consistirá en agrupar algunos de los pensamientos, criterios o principios pedagógicos que, casi sin pretenderlo,

(1) «Un caso especial». Mary MacCracken. Ultramar Editores.

Mary MacCracken ha ido formulando al hilo de los acontecimientos que configuran el caso de Hannah Rosnic. ¿Dónde estuvo el secreto de su éxito?

Pedagogía de la comprensión

Si algo le resultó difícil a la profesora en sus primeros contactos con Hannah fue no dejarse impresionar por el aspecto poco agraciado y un tanto salvaje de la pequeña. Sin embargo se sobrepuso a esta impresión desde el principio. Presenciando las violentas sacudidas de Hannah contra los baldosines del pavimento, resistiéndose a abandonar su antigua clase, Mary escribe lo siguiente:

«A pesar de todo, sentí un arrebatado de admiración. Aquella niña debía de atesorar en su interior una fuerza asombrosa» (p. 15)

Semejante reacción no sólo resulta sorprendente, sino reveladora de la excelente disposición de la profesora ante el problema. Al insistir en el complicado traslado de clase, escribe de nuevo:

«¿Cómo tendría que sentirse al regresar a la escuela y encontrarse con que su maestra no estaba donde ella creía que estaría? ¿Qué es lo que podría sentir una a los ocho años y en aquellas condiciones, herida, resentida, ofuscada? Si yo fuera Hannah ¿qué desearía? ¿qué necesitaría?» (p. 16)...

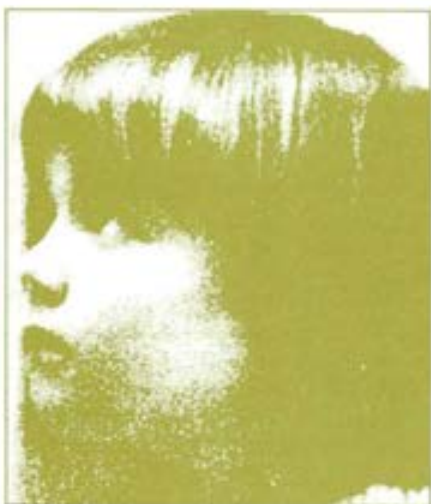
«Les cuesta tanto a nuestros niños desenvolverse en situaciones nuevas. Sus defensas son tan reducidas, son seres tan frágiles, que si su entorno cambia temen que ellos mismos vayan a hacerse pedazos» (p. 11).

Y mientras Hannah, en una tentativa de resistencia desesperada, se golpea la cabeza contra el suelo:

«Sabía que en parte lo hacía para ponernos a prueba, pero aquellos golpes eran al mismo tiempo un intento de acabar con los tormentos que albergaba en su interior» (p. 19).

Hay en Mary MacCracken, desde el primer momento, un profundo interés por conocer el caos lo más exactamente posible; leerá una y otra vez toda la información existente en el archivo del centro para acabar rechazando el expediente a causa de sus insuficiencias:

«Estaba ansiosa por leerlo ya que esperaba descubrir el motivo de la cólera y del temor de Hannah... Frio y desprovisto de toda compasión, el informe seguía adelante... Hannah era descrita como una hembra caucásica de siete años de edad... ¿Por qué se dedicaban a ponerle etiquetas en lugar de mirarla como la



niña que era?... Agité la cabeza. No era de extrañar que las maestras de nuestra escuela rara vez nos quejáramos. Comparados con las vidas de nuestros niños y de sus familias, nuestros problemas, cualesquiera que fuesen, resultaba insignificantes» (pp. 24-25).

La insatisfacción que le produce el expediente la lleva a investigar por propia cuenta concertando una primera entrevista con la madre de Hannah. A partir de ahí ya le será posible empezar a entender las cosas también con el corazón.

Teoría y experiencia

El segundo capítulo de reflexiones (segundo de este artículo) se refiere a los métodos de trabajo de Mary MacCracken. A lo largo de las páginas del libro los criterios de actuación, las actitudes a mantener ante cada nueva situación, las autocorrecciones o cambios de agujas sobre la marcha, se suceden casi ininterrumpidamente. Con algunas de sus frases más significativas hemos compuesto el recuadro que figura al final del artículo.



Como se puede fácilmente comprobar, la mayor parte de estas reflexiones no parten de una metodología preestablecida, sino más bien de un hondo sentido de lo educativo y de una sensibilidad en perfecta sintonía con cada situación; de ahí la ausencia de tonos lapidarios a cambio de opiniones personales que no disimulan un cierto aire de tanteo.

No se trata, en primera instancia, de ir desde las ideas a la vida, sino de la vida a las ideas, si es que tenemos que remontarnos a algún punto de partida.

En cualquier caso, lo discutible de los principios deja de serlo en vista de los resultados obtenidos. El final del libro tiene un inequívoco tono de «happy end», dicho sea sin ironía, que resulta francamente reconfortante:

«El cabello de Hannah, lúmpio y suave, brillaba como el metal bruñido. La piel de sus brazos, cuello y rostro era tersa y delicada y tenía las mejillas encendidas por la emoción... Hannah había demostrado siempre una gracia y una desenvoltura innatas, pero su recién estrenada esbeltez y su ropa nueva le añadían encanto y delicadeza.

La señora Rosnic me tocó el brazo y me susurró: —¿Quién lo hubiera pensado! (p. 241)

Y todavía un detalle, el del pequeño gran milagro de la vocecilla de Hannah, finalmente dueña de su registro de ternura, despidiéndose desde la ventanilla del autobús de la profesora Mary MacCracken:

—«¡Adiós, adiós, cariño!» (p. 243)

—«Si los niños comienzan por sentirse seguros y relajados entre sí y en la clase, se puede ahorrar mucho tiempo» (p. 14).

—«Lo más importante en aquel momento, más importante que el trabajo o la disciplina era hacerle saber que la aceptábamos. Los niños no pueden comenzar a aprender hasta que se sienten seguros y no pueden sentirse seguros hasta que son completa y honestamente aceptados» (p. 34).

—«Era muy importante que supiera que yo quería estar con ella. Hay una gran diferencia entre alguien que te impone exigencias arbitrariamente y alguien que trabaja a tu lado para ayudarte a superar una situación difícil. Yo quería que Hannah fuese consciente de que nada de lo que le pidiese tendría que hacerlo sola» (p. 52).

—«El problema era saber cuándo pedir más y cuándo dejarlo correr. Cada paso como aquel (hacerla salir de su escondrijo del ropero) era un riesgo y la línea que separa el fracaso del éxito era casi imperceptible» (p. 50).

—«Detalles y rutina. Fuera de la escuela, yo nunca planeaba de antemano lo que iba a hacer y procuraba evitar la rutina tanto como me fuera posible, pero en la escuela siempre se hacía lo mismo. En el tumultuoso mundo de los niños con trastornos emocionales, la rutina proporciona seguridad. La uniformidad hacía que los días resultaran más fáciles para ellos» (p. 36).

—«Frialdad. Tranquilidad. Razón. Tenía que abordar a Hannah a través de la razón. Su inteligencia: esa había sido mi primera idea, llegar a ella a través de su inteligencia. Y en lugar de eso me había dejado arrastrar por la emoción. Había quedado atrapada por el calor y la intensidad de sus sentimientos y mis propias emociones se habían hecho cómplices de las suyas. Hannah me había seducido para que yo me uniera a ella. Tranquilidad. Razón» (p. 114).

—«No comparto en absoluto el punto de vista de los skinnerianos que creen que la gente puede ser adiestrada como los animales del circo a los que se premia con comida después de hacer su número. Me parece una actitud que valora lo mecánico antes que lo creativo y lo espiritual y, sin embargo, todos buscamos la aprobación de los demás y en caso de conseguirla nos conformamos con su atención. Una niña como Hannah puede llegar a convertirse en un tirano que arruine las vidas de quienes la rodean, además de la suya propia. Llegado este punto, lo único que puede hacerse es acabar con la mala conducta, gradual, pero inexorablemente» (p. 153).

—«Yo estaba constatando lo que siempre había sospechado: que a los niños trastornados emocionalmente no había que enseñarles menos sino más que a los que lo eran. Debido a sus temores, a sus inhibiciones y a sus singulares rasgos, tendemos a subestimarles. Pero el aprendizaje es terapéutico; la capacidad de dominar el conocimiento es reconfortante, especialmente para los niños con tanta dificultad para dominar la emoción (p. 219).

ACTIVIDADES

La lectura de «Un caso especial» resultará particularmente útil para quienes se dedican a la educación especial o para quienes, en un momento dado, se tienen que ocupar de algún caso parecido. Entonces, tras la lectura del libro y un primer intercambio de opiniones, se puede proceder de la siguiente forma:

—Exposición y descripción de alguno de los casos que nos afectan.

—Exposición y descripción de la metodología utilizada para abordar el caso. Elaborar un recuadro como el que aparece en el artículo con algunos de los criterios, opiniones, etc. que hasta la fecha hayan constituido las líneas básicas de trabajo del educador.

—Discusión o valoración de esos criterios por el grupo general.

—¿Qué aplicabilidad pueden tener en nuestro caso (si hemos presentado uno concreto) las reflexiones de Mary MacCracken?

—Proyección/video de «El niño salvaje» de Truffaut. Análisis de la metodología del profesor en la rehabilitación del niño. La película puede servir de complemento ilustrativo o comparativo al caso de M. MacCracken. Valoración de actitudes.

